

día resignarse á abandonar, habían quedado sin solución concreta. Había en todo aquello una mezcla curiosa de cálculo y de sentimentalismo.

La noticia de la paz fué recibida en Francia con gran satisfacción, y en París mandóse que se encendieran fogatas porque la ciudad confiaba en librarse de las peticiones de hombres y dinero que la agobiaban. Muchas partes del territorio estaban casi arruinadas; y no solamente las regiones del Norte y del Mediodía, en las que se habían realizado las invasiones, sino también en las del centro, en donde las depredaciones de los vagabundos y de los hombres de guerra habían causado daños sin cuento en 1537 y 1538, á pesar de las continuas ordenanzas reales.

En cambio la reconciliación de Francisco I con el emperador produjo un efecto deplorable en los aliados ó en los auxiliares de Francia: los protestantes se veían amenazados y todos se sintieron perjudicados indirectamente ó quebrantados. «En verdad, escribía el embajador francés en Inglaterra, si los alemanes y los italianos no están satisfechos, tampoco los de aquí lo están.» Y por un momento pensó Enrique VIII en retirar de Francia su embajador.

X.—Inteligencia cordial con el emperador

Francisco I se inquietaba muy poco por todo aquello, pues, según su costumbre, hallábase dominado por la impresión de momento. En la entrevista de Aigues Mortes habíase trazado un programa de acción común.

«Además, se ha tratado entre el cardenal de Lorena y el condestable de Francia y el Sr. de Grantvelle, de lo tocante á los remedios de los negocios públicos y se ha convenido, en primer lugar, en persuadir á los desviados de nuestra antigua religión á que se sometan y concilien amigablemente y que el dicho señor rey y yo lo apoyemos; y en que por tratado de nuestro dicho Santo Padre la cosa se determine; y asimismo en proceder con buenas y poderosas fuerzas no sólo á la defensa, sino á la ofensa contra el turco, tal y tan potente como se requiere. En lo que el dicho señor rey ha demostrado tener muy buena voluntad y deseo de que las cosas se efectúen sinceramente.»

Del mismo modo que el canciller Poyet decía con bastante candidez á los regidores de París en 1539: «Antes hemos visto al emperador y al rey en gran enemistad, pero ahora, gracias á Dios, están en gran amistad,» Montmorency declaraba «que en adelante se pueden considerar como una misma cosa los negocios del uno y del otro,» y algún tiempo después escribía á la regente de los Países Bajos que estaba dispuesto á «servirla» como el gentilhombre del reino sobre quien tenía «más poder para mandar.»

Reproducíase, pues, aunque de una manera mucho más marcada, la política intentada después de la paz de Cambrey, pero siempre con la misma contradicción, es decir, inteligencia con el emperador y conservación de las alianzas con los enemigos de éste; y por consiguiente iban á reaparecer, repitiéndose fastidiosamente, las mismas combinaciones de elementos ingleses, alemanes, italianos y otomanos.

Después de la tregua de Niza, Montmorency, á quien

la campaña de Provenza había elevado á una altura desmesuradamente grande, volvió á ser el segundo personaje del reino, y de hecho tal vez el primero. El rey le confirió en 1538 el más elevado cargo de Francia, la condestabla, y decía en las letras de provisión:

«Considerando las muy grandes, claras, laudables y muy recomendables costumbres y virtudes que se juntan en la persona de nuestro muy querido y amado primo, Mariano, señor de Montmorency..., por las cuales hemos descansado enteramente sobre él de nuestros mayores secretos y mas arduos asuntos, que tan bien y prudentemente ha dirigido, guiado y administrado en tiempo de paz y de guerra y en todos los lugares y sitios en donde ha sido necesario, que Nos y el pueblo de nuestro dicho reino le debemos perpetua alabanza, recomendación y remuneración, le otorgamos, previo parecer y deliberación de los príncipes de nuestra sangre y de otros notables personajes de nuestro consejo privado y secreto, el empleo de condestable de Francia.»

Montmorency, jefe del ejército en su calidad de condestable, recibió también del rey «el cuidado de todas sus guerras y poder sobre la hacienda, como él mismo, y generalmente sobre todos sus negocios,» lo cual equivalía á hacer de él un verdadero primer ministro.

Esforzóse en complacer en todo á Carlos, con la esperanza, bien cándida por cierto, de obtener de él concesiones que habrían sido de parte del emperador actos de pura generosidad. María de Hungría, hermana del emperador, fué á Compiègne en octubre de 1538 y obtuvo la promesa de que el rey no socorrería ni al duque de Güeldres ni á los flamencos, ni haría nada en el Milanesado. Una cosa preocupaba entonces gravemente á Carlos V por el lado de los Países Bajos: los ganteeses, que se habían negado á pagar la tasa que les había sido impuesta en 1537, sublevarónse en 1539 y llamaron en su auxilio al rey de Francia, invocando precisamente la sesión del parlamento de París en 15 de enero de 1537, que había afirmado nuevamente sus derechos de soberanía sobre Flandes. Pero el rey no quiso dar oídos á aquella demanda y dejó al emperador en completa libertad de acción, contando con la restitución del Milanesado.

Carlos temía la vía marítima, siempre expuesta á azares, sobre todo en un momento en que estaba en relaciones poco cordiales con Enrique VIII; y parece que después de haber hecho explorar la voluntad del rey de Francia acerca del paso por sus Estados, tuvo luego la habilidad de hacerse solicitar por él. «El cardenal de Lorena y el condestable, escribía el embajador español, hacen todo lo posible para conducir á feliz término los negocios y para inclinar al rey en pro de los deseos de S. M. I.» En efecto, Carlos, que todavía abrigaba cierta desconfianza, obtuvo todas las garantías que reclamó: cartas del rey, del delfín, de Enrique de Albret y de Margarita; y además Montmorency se comprometió por su honor con Granvela á que ni por un instante «se hablara de negocios.» Grandes fueron la estupefacción y la irritación en Roma, en Londres, en Venecia y en Constantinopla, cuando, en noviembre de 1539, se tuvo la seguridad oficial del viaje.

Carlos atravesó la Francia triunfalmente y en 1.º de

enero de 1540 entró en París, en donde permaneció hasta mediados del mes continuamente obsequiado con ceremonias y fiestas espléndidas. El día de su entrada en la capital pudo admirarse un Hércules que sostenía dos columnas con la divisa de Carlos V: «Siempre más allá,» y en la banda del dicho Hércules las palabras: «*Altera alterius robur.*» (una columna) hace la fuerza de la otra), alusivas á la alianza de los dos príncipes.

Los soberanos tomaron poca parte en las fiestas, el emperador porque sufría un enfriamiento y el rey porque se le había reproducido la enfermedad que comenzaba á minarle y contra la cual se apelaba inútilmente á todos los remedios. Por lo que se refiere á los temores del

tiera las amenazas que entrañaban, sea que fuese incapaz de renunciar á su Milanesado; y por otra parte, Fernando era enteramente opuesto á la cesión de los Países Bajos y decía: «Es la ruina y la destrucción completa de nuestras casas de Austria y de Borgoña.»

A los pocos días de haber salido Carlos de Francia, era ya imposible conservar la ilusión, tan cuidadosamente mantenida por Montmorency, de la inteligencia entre los dos reyes. En efecto, dejaron de celebrarse entrevistas prometidas y el emperador fué dando largas á la cosa hasta que se rompieron las negociaciones en el mes de junio de 1540. Desde aquel momento, creyóse de nuevo en la inminencia de una guerra.



El rey Luis de Hungría y su esposa María. (Facsimile de un grabado en madera de Alberto Durero.)

emperador, á veleidades de violación de la palabra empeñada, á las anécdotas relativas al delfín ó á Mme. de Etampes, todo ello es pura fantasía, y la promesa hecha de «que no se hablaría de negocios» se cumplió exactamente.

Pero Francisco I y sin duda también Montmorency contaban con algo y este algo seguía siendo el Milanesado. Es verdad que el emperador había hecho ó aceptado insinuaciones, cuando las negociaciones de paz, y que había pensado en dar al hijo menor del rey, el duque de Orleans, el Milanesado junto con la mano de su hija María; pero luego, antes ya y sobre todo después de su viaje, concibió la idea de constituir para el joven príncipe un patrimonio compuesto de los Países Bajos, del Franco Condado y del Charolais, idea á primera vista extraña, pero que se explica por su «pasión borgoñona» y que él justificaba en los siguientes términos: «Es que hemos conocido continuamente desde (hace mucho tiempo) el sentimiento que los dichos países (se trata, sobre todo, de los Países Bajos) tienen por estar tan largo tiempo sin su príncipe natural, por lo que se muestran duros y difíciles con divisiones y parcialidades entre sí, emociones y terquedades, irritación, menosprecio y descontento de verse gobernados por quienquiera que sea.» Además, sabiendo que el duque de Orleans no tenía simpatía alguna por su hermano el delfín, esperaba que de aquel modo se formaría al Norte de la Francia un Estado molesto para ella. Francisco I acogió mal estas proposiciones, sea que presin-

CAPITULO V

FIN DE FRANCISCO I (I)

I. Procesos é intrigas de la corte. — II. Papel que representan Enrique VIII y Solimán. — III. Nuevo rompimiento con Carlos V. — IV. Crepy y Ardres. — V. Muerte del rey.

I.—Procesos é intrigas de la corte

Las intrigas de la corte influyeron directamente en la política y contribuyeron á complicarla.

Francisco I era siempre el mismo hombre suntuoso,

(1) Añádanse á las fuentes y obras citadas en la página 265: G. Ribier, *Lettres et Mémoires d'Etat des roys, princes, ambassadeurs... sous les règnes de François I, Henry II et François II*, tomo I (empieza en 1537), 1666. *Correspondance politique de M.M. de Castillon et de Marillac, ambassadeurs de France en Angleterre, 1537-1542*, publicada por Kaulek, L. Farges y G. Lefèvre-Pontalis, 1885 («Inventaire analyt. du Minist. des Aff. étrangères»). *Correspondance politique de Guillaume Pellicier, ambassadeur de France à Venise, 1540-1542*, publicada por A. Tausserat-Radel, 2 vol., 1899 («Inventaire analyt. du Minist. des Aff. étrangères»). *Commentaires et lettres de Montuc maréchal de France*, editados para la «Soc. de l'Hist. de France» por A. de Ruble, tomo I, 1864. Juan Zeller, *La diplomatie française vers le milieu du XVI siècle d'après la correspondance de Guillaume Pellicier...* (tesis de la Facultad de París), 1881. P. de Vaissière, *Charles de Marillac, ambassadeur et homme politique sous les règnes de François I, Henri II et François II, 1510-1560* (tesis de la Facultad de París), 1896. A. de Ruble, *Le mariage de Jeanne d'Albret*, 1877.

superficial, todo palabras: «Ciertamente, escribirá en 1546 el embajador veneciano, que al ver que las cosas de la guerra le han salido tan mal, algunos dicen que toda su sabiduría está en su boca y no en su entendimiento... La verdad es que está mal servido y sobre todo no quiere ocuparse de la ejecución de los negocios.» Por otra parte, había envejecido antes de tiempo y carecía de voluntad, viéndose cada día más sometido al yugo de Mme. de Etampes (1), que intervenía en todas las cosas de la política. «La señorita, escribía irónicamente María de Hungría, hace todo cuanto le place y todo está gobernado por ella; razón, en verdad, para que las cosas estén bien dirigidas.»

Enrique, que por la muerte trágica de su hermano, ocurrida en 1536 (2), era delfín, contaba en 1540 veintidós años y todos los testimonios concuerdan en presentarlo como de mediana inteligencia. Muy al revés de su padre, parecía poco aficionado á las mujeres y melancólico, hablaba poco y sin gracia; era obstinado en sus ideas lo mismo que en sus amistades y en sus repulsiones; pero todos reconocían en él sangre fría y criterio y le consideraban como uno de esos hombres á quienes pueden mejorar la edad y la práctica de los negocios.

Pero también él se hallaba sometido á una esclavitud que había de durar tanto como su vida; en efecto, Diana de Poitiers, viuda desde 1531, era su querida desde 1536, y aunque le llevaba veinte años ejercía sobre él un imperio absoluto, que debía á la energía de un carácter muy resuelto. Los que querían mirar las cosas desde un punto de vista favorable afirmaban que el afecto de Diana por el delfín tenía mucho de sentimiento maternal y que le había prestado el servicio de pulirlo y de adiestrarle en los modales de la corte. Diana, sin embargo, se hacía pagar muy caro su amor ó sus servicios.

La delfina, Catalina de Médicis, casada con Enrique en 1533, hacía todavía en 1540 un papel muy secundario; su matrimonio había sido mal acogido y aun parecía más sensible desde que Enrique era heredero de la corona. Antes de tener su primer hijo, que nació en 1544, inquietábale sin cesar la idea de una repudiación posible y por esto presentábase muy modestamente frente de Diana; decían de ella que era «*molto obediente*,» lo que le había granjeado la simpatía de su esposo y de su suegro.

El hijo segundo del rey, Carlos de Orleans, tenía diez y nueve años; vehemente, cortés, agradable, tan expansivo como reservado era su hermano, y muy amado de los nobles, era el preferido de su padre. Mas como la Breña, en virtud de los diversos contratos de matrimonio, había de ir á parar al segundo de los Hijos de Francia, el rey no estaba dispuesto á abandonar en este punto los intereses del reino, que se confundían con los suyos, y vigilaba, por ende, muy rigurosamente la conducta y las amistades de ese hijo.

Poco á poco se formaron dos partidos: el de Mme. de Etampes y el de Mme. de Poitiers, porque el rey y el delfín no hicieron otra cosa que seguir las pasiones de sus queridas. El duque de Orleans, por enemistad á su

(1) Casada en 1536 con Juan de Brosse y hecha duquesa de Etampes en 1537. En 1540, tenía treinta y dos años.

(2) Véase anteriormente, pág. 308.

hermano, estaba de parte de Mme. de Etampes: «*Sono di natura contrariissimi*,» decía el embajador veneciano, y más de una vez aquella animosidad recíproca dió lugar á especulaciones.

La lucha entre ambos bandos sembró la corte de odios y de intrigas; así el famoso episodio de la contienda que en aquel momento surgió entre La Chataignerie y Jarnac (3) ponía en pugna á Mme. de Etampes, cuñada del segundo, y al delfín, partidario del primero. Mme. de Etampes hizo que el rey prohibiese el duelo, porque La Chataignerie era considerado como un adversario demasiado temible; Benvenuto Cellini atribuía á ella el favor excesivo de que gozaba Primaticcio (4); y Monluc afirma en sus *Memorias* que había caído en desgracia por «algún odio» que la favorita le profesaba y añade: «E hizo expulsar á otros más grandes que yo, que no se jactaron de ello, y me extrañan esos valientes historiadores que no se atreven á decirlo.» Ahora bien, Montmorency, combatido por la duquesa de Etampes, y que sabía cuán poco podía contarse con el rey, se puso al lado del delfín, siendo esta, además de las faltas de su política, una de las causas de su nueva caída.

Tenía en contra suya al almirante Chabot, que ya le había suplantado en 1535-1536; á la reina de Navarra y á su marido Enrique de Albret, que en aquel entonces representaban un papel bastante equívoco cerca del emperador; al cardenal Juan du Bellay y á M. de Annebaut, recientemente nombrado mariscal de Francia; en una palabra, á todos los jefes del partido de la tolerancia religiosa. De esta suerte se mezclaban las cuestiones de corte y de gobierno y se enconaban las discordias.

Tres hombres, además de Chabot, eran primeros ministros posibles: los cardenales de Lorena y de Tournón y el canciller Poyet (5). El primero, hermano de Antonio de Lorena y de Claudio de Guisa, había sido nombrado cardenal á la edad de veinte años y poseyó nueve obispados y arzobispados y algunas de las mejores abadías del reino. Nombrado miembro del Consejo en 1530, había desempeñado en él desde entonces un papel importante y había intervenido en toda la diplomacia de la época como consejero ó como embajador. Hacia el año 1540 se le consideraba papable y se aseguraba que disponía de veintidós votos en el Sacro Colegio.

Francisco de Tournón, nacido en 1489, arzobispo de Bourges en 1525 y cardenal en 1530, había tomado parte en las negociaciones preparatorias de los tratados de Madrid y de Cambrai, había sido representante de Francia en Roma y había ejercido algo así como funciones de virrey en Lyon, en 1536-1537, si bien es forzosa confesar que se limitó á cumplir en todos estos cargos, pero sin revelar dotes superiores en el desempeño de los mismos. Como muchos eclesiásticos de su tiempo, unía á un fanatismo católico rígido y exaltado aficiones y actividades completamente laicas, manteniendo trato íntimo con los humanistas, á quienes, sin em-

(3) Véase más adelante, libro VIII, cap. I, párrafo I, al final.

(4) Acerca de Cellini, véase pág. 227.

(5) C. Porée, *Un parlementaire sous François I, Guillaume Poyet*, 1473-1548, 1898.

bargo, perseguía cuando eran demasiado independientes. Tenía afición á las letras, pero lo que sobre todo le gustaba era la política: era un aspirante perpetuo al poder.

Poyet, nacido en Angers en 1473, había comenzado su fortuna al lado del rey y logrado gran reputación defendiendo en 1522 las pretensiones de Luisa de Saboya á la sucesión de Susana de Borbón; en 1530 había sido nombrado abogado del rey y en 1534 miembro del Consejo privado y había llegado á la presidencia del Parlamento de París. Cooperó, después de la muerte de Duprat, acaecida en 1535, á la dirección de la política exterior y en 1538 acababa de suceder al canciller Du Bourg.

Al principio unióse á Montmorency para desembar-



Medalla de plata con el busto de Carlos V. (Museo Numismático de Berlín.)

razarle y desembarazarse á sí mismo de Chabot. Almirante de Francia, caballero de la Orden (de San Miguel), gobernador de Borgoña, teniente general del delfín en Normandía, miembro del Consejo privado, amigo del rey y muy íntimo, según se afirmaba, de la duquesa de Etampes, Chabot parecía inatacable; y, sin embargo, en agosto y septiembre de 1538 abrióse una información contra algunos de sus oficiales y á principios de 1540 otra contra él mismo. Al poco tiempo, después de una instrucción ordenada por letras patentes de 16 de febrero y 8 de agosto de 1540, hubo de comparecer, por virtud de otras letras de noviembre y diciembre, ante una comisión compuesta del canciller Poyet, de presidentes ó consejeros de los parlamentos de París, de Tolosa y de Ruán, y de relatores del Consejo de Estado, que en 8 de febrero dictó un fallo que el rey hizo suyo.

Chabot era declarado culpable: en su calidad de almirante, de haber vendido por dinero autorizaciones para la pesca y para las expediciones marítimas; de haber sacado violentamente grandes sumas á Ango (1) y á varios asociados de Ango; de haber recibido de los embajadores portugueses 30.000 escudos y un tapiz que valía 10.000, por servir á los intereses del rey de Portugal contra el mismo Ango; en su calidad de gobernador de Borgoña, de haberse apropiado de los subsidios votados para la guerra; de haber distraído una parte del dinero destinado á fortificar las plazas; de ha-

(1) Acerca de Ango y del papel desempeñado por Chabot, véase pág. 205.

ber cometido muchos excesos de poder; y en su calidad de miembro del Consejo, de haber recibido de los habitantes de Agén 10.000 libras para suspender un proceso dirigido contra ellos, y de haber hecho obtener empleos por dinero. La sentencia le destituía de todas sus dignidades, empleos y honores, le declaraba incapaz para recobrarlos en el porvenir ó para obtener otros, le despojaba de los bienes que había recibido del rey, y le condenaba á fuertes multas ó á restituciones en favor de los particulares á quienes había lesionado. Además ordenaba que le trasladasen á Ruán y á Dijón para asistir á la ejecución de la sentencia, después de lo cual se le encerraría en el castillo de Vincennes.

Y á pesar de todo esto, en 12 de marzo de 1541 primero, y después en marzo de 1542, el rey, por medio de decisiones tan extrañas en la forma como en el fon-

do, indultaba á aquel hombre que, según la sentencia, era tan gran concussionario y había prevaricado en tan alto grado.

Declaraba el monarca que mantenía la sentencia de febrero, pero que le llamaba de nuevo á su lado «por la gran experiencia que nuestro dicho primo (Chabot) tiene de nuestros más grandes y urgentes negocios y estados de nuestro reino,» añadiendo que había reunido á los miembros de la comisión y que éstos no habían encontrado al almirante «manchado, convicto ni criminoso de crimen de lesa majestad, ni de prodimión ó maquinación contra nuestra persona» (cosa que, en verdad, nadie había afirmado nunca). Después, recordando los servicios de Chabot, abolía «todos los casos, faltas, ofensas, penas, privaciones y satisfacciones á nos dadas y contenidas en el dicho proceso,» y le reintegraba en sus bienes, honores y dignidades. En la última decisión, el rey proclamaba á Chabot, de una manera más formal todavía, «puro é inocente de los dichos crímenes de lesa majestad, prodimión y maquinación,» y ordenaba que este nuevo fallo fuese leído en todos los tribunales de parlamento y demás jurisdicciones.

Es más, en 23 de mayo de 1542, después de las letras patentes del 21 que suprimían los gobernadores de las provincias (2), Chabot fué uno de los primeros reintegrados en sus cargos y el rey decía expresamente:

«Conociendo también los grandes sentido y suficiencia, la lealtad y fidelidad que nos profesa, el cuidado y

(2) Véase pág. 179.

